

Estreno de José Martín Recuerda

«Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipciaca»

Ángel Fernández-Santos

Qué más quisiera uno, a la hora de escribir un comentario de esta especie, que contar con un poco de ciencia infusa, y así poder sintetizar de un plumazo qué es y qué no es un torrente teatral tan hermoso como el que puede verse ahora en el teatro de la Comedia de Madrid. Tres horas de catarata teatral, lo que en las nuevas jergas se dice que es una "propuesta" escénica, pero esta vez auténtica. Habrá, en consecuencia, que ensayar algún tipo de "respuesta", es decir, un comentario no exterior, sino apresado por la órbita emocional —que tiene mucha gravedad— de la representación.

Escribo este comentario, pues, bajo el aura de un escenario iluminado. La impresión, intelectual y sensorialmente es desordenada y no hay tiempo para ordenarla. Así es mejor. Una sensación de desorden. Y, sin embargo, el espectáculo es ordenadísimo y muy claro. ¿Qué ocurre? Creo que la culpa está en mí, en el hecho de que tengo una lectura previa del drama, del texto original. Este, leído en letra impresa, me pareció acabado, conseguido sin defectos y, lo más importante, sin excesos. Ahora creo haberme equivocado: la realización escénica del drama de Martín Recuerda pone en evidencia que hay dentro de él cierto exceso. Intuyo que Marsillach lo ha peinado algo, pero también que se ha quedado corto. Sobran palabras. No es que las palabras que sobran sean malas, sino que son innecesarias. Y en teatro, todo lo que no es necesario, por muy bueno que sea, sobra.

Con media hora o tres cuartos de hora menos, este esplendoroso espectáculo poético y político hubiera sido perfecto. Pero lo cierto es que hay sombras, zonas deprimidas, eso que se llama baches, en medio del esplendor.

¿Por qué esta desmesura? ¿Será que Recuerda, obligado a prescindir de la escena para perfeccionar su oficio, no ha alcanzado todavía el don de la medida y de la síntesis? Es muy posible.

En "Las arrecogías", escénicamente hablando, hay instantes geniales, crecimientos fulgurantes, violencia teatral de primera calidad. Y, no obstante, hay también zonas distendidas, cuya eficacia no pasa de ser exclusivamente verbal. Es un espectáculo que está concebido para que a mí, espectador, me penetre por todos los ángulos, para que me obligue a emplear simultáneamente todos cuantos órganos de percepción poseo; pero hay veces que me veo obligado tan sólo a "oír", guardando en remojo mis restantes sistemas de alerta, que autor, actrices, actores y director me han obligado —muchas gracias— a poner en guardia, en carne viva, antes. En un espectáculo que alcanza las alturas de "Las arrecogías" tales bajadas me duelen, quisiera que no estuviesen allí, desearía seguir siempre ascendiendo, como en las grandes tragedias, como en lo que serían estas mismas "Arrecogías" despojadas de sus muchos minutos inútiles, de sus largos tiempos muertos.

Por ejemplo: qué admirable hallazgo el empleo del canto andaluz como coro, contrapunto, inicio, freno y acelerador del drama. Y, sin embargo, cuánta desproporción en su empleo a destajo. El exceso de la hermosa charanga le quita fuste, por ejemplo, al instante en que la copla, el baile y el ritmo andaluz "entran" con mayor plenitud en el sentido del drama: esa soberbia mutación en que la gitanilla de las manos quebradas exorciza su tortura con su taconeo y las palmas de sus compañeras de cautiverio. La extraordinaria altura de esta transición pierde distinción y energía a causa de la reiteración en el empleo del mismo recurso en otros momentos de menor capacidad conmocionadora.

Otro caso. Estamos, obviamente, ante un espectáculo político adulto, no amordazado, consciente y para espectadores conscientes. No hay ningún didactismo barato en él... salvo en un cuadro en el que el didactismo alcanza baraturas de saldo. En efecto: entramos en el gran de-

bate entre las dos Españas. De un lado, Pedrosa, y de otro, Mariada Pineda, proponen a gritos su visión política del mundo, o del pequeño mundo en que viven. Exceso de palabras, porque lo que dicen está ya perfectamente claro, salvo para idiotas, antes de que lo digan. Y peor aún: llega el subrayado escénico para que nos enteremos mejor de lo que ya sabíamos por doble lado.

Y, en medio, lo grande: el desbordado talento del autor, de las actrices y del director de escena, que se merecía ese punto de absoluta redondez que el espectáculo no tiene. Martín Recuerda toma, tras esta representación, el lugar que le corresponde aquí. Las actrices y actores —Concha Velasco, María Luisa Ponte, Margarita García Ortega, Antonio Iranzo, Carmen Lozano, María Paz Ballesteros, todos— reafirman el suyo. Y Adolfo Marsillach alcanza, en un montaje sobre el que ha trabajado con pasión y sabiduría, verdaderos rizos de virtuoso, como ese de la escena de "Mariana, no", el citado exorcismo de la gitanilla, el empleo del dispositivo escénico, la totalización de la sala como escenario, etc., etc.

Yo he sido siempre de izquierdas; es más, he sido comunista desde que nací; recuerdo que de chiquitita me gustaba repartir los caramelos con mis compañeros de colegio y les prestaba el cubo y la pala a los niños que querían jugar. Son cosas que me marcan y se quedan en la memoria, como un día yo tener siete años —que mi padre me había prometido una profetada monumento— y yo me negué a ir a casa de las niñas y le dije que me quedaba en casa, mientras que se morían de hambre y más del torbellino de la claridad traumática del psique infantil me castigó sin ir al ballet; por eso me sentí orgulloso de haber sido uno de los poderosos y la necesidad de la lucha de clases. He odiado siempre a mis padres porque eran ricos y trataban de inculcarme principios burgueses y lavarme el cerebro

26/SOCIEDAD/CULTURA

OGRAFIA
ESPAÑOLA
0-1977